

Kurt
Vonnegut Jr.

Algo pasó: "he trocado la posición del feto por la del cadáver"



Kurt Vonnegut

La compañía que filmó la primera novela de Joseph Heller, *Catch 22*, tuvo que reunir cantidades de material y elementos para construir una fuerza de bombarderos enorme, la decimoprimer o decimosegunda en importancia del mundo. Si alguien quiere hacer una película de su segunda novela, *Something Happened*, puede conseguir en cualquier almacén todo lo que necesite: unas cuantas camas, algunos escritorios, pocas mesas y sillas.

En esta segunda novela, la vida es un conjunto mucho más pequeño y barato. Casi se ha reducido a la dimensión de una tumba.

Mark Twain decía que su propia existencia estaba muy cuesta abajo de las aventuras de un lanchero del Mississippi. Cuando se consideran las dos novelas de Heller, tal como una a otra se suceden, podría hacerse una afirmación semejante a la de Twain, ahora con respecto a una generación entera de norteamericanos blancos de clase media, una generación de hombres como Heller, Herman Wouk, yo mismo, Norman Mailer, Irwin Shaw, Vance Bourjaily, James Jones, etc. para tal generación todo ha venido a menos desde la Segunda Guerra Mundial, de una manera tan sangrienta y absurda como, a veces, la propia guerra.

Ambos libros están llenos de chistes excelentes, pero ninguno de ellos es chistoso. Considerados juntos, cuentan una historia de pena y desconcierto, penas y desconciertos experimentados por hombres mediocres de buena voluntad.

Heller es un humorista de primera, que intencionalmente deshabilita sus propios chistes con la amargura de los personajes que los perciben. Además, insiste en sólo tratar los temas más trillados. Después de mil novelas sobre los aviones en la Segunda Guerra, Heller todavía nos dio otra, que ha llegado a ser reconocida como una sanamente loca obra maestra. Ahora nos ofrece la milésima primer novela sobre temas tan trillados como "La vida de un vendedor" o "El hombre del Saco de Casimir Gris".

Hay un hombre elegantemente vestido, con ingenio agrio y una profesión de ejecutivo mediano, llamado Robert Slocum, que vive en una bonita casa en Connecticut con su esposa, una hija y dos hijos. Slocum trabaja en Manhattan, en negocios de comunicaciones. Es incansable. Añora las desatendidas oportunidades de su juventud. Está ansioso de aumentos y promociones en su trabajo, aunque desprecie a su compañía y las cosas que él hace en ella. Comete adulterios insatisfactorios por aquí y por allá, en conferencias de ventas, durante la hora del lunch y cuando pretende quedarse tarde a trabajar en la oficina. Está exhausto y tiene terror a envejecer.

La rescritura que Heller hace de esta situación escrita y rescrita hasta el cansancio por mil autores, le llevó doce años. Surge como un monólogo de Slocum. Nadie más habla, excepto cuando Slocum cuenta lo que otros dicen. Y las frases de Slocum son todas tan iguales, en forma y contenido, del principio al fin de la novela, que me imaginé a un hombre que hiciera una enorme estatua con innumerables capas de metal laminado, cincelandola con millones de idénticos golpes de martillo. Y cada golpe en el cincel es un hecho, un hecho deprimentemente ordinario.

"Mi esposa es una buena persona, de veras, o lo era", dice Slocum casi al principio, "y a veces me apena Bebe de día y flirtea, o trata de flirtear por la noche, a las fiestas que vamos juntos, aunque no sabe cómo hacerlo". "Le he regalado a mi hija un coche propio", dice casi al final, "y su estado de ánimo parece estar mejorando". Slocum se esfuerza todo lo que puede para convencernos, con su golpear-y-golpear-y-golpear de hechos, de que lo que lo hace tan infeliz no son sus enemigos ni sus propios defectos, sino los hechos. ¿Y qué le han hecho estos tediosísimos hechos? Lo han obligado a responder ante ellos, ya que es un hombre de buena voluntad. Y al responder-y-responder-y-responder a ellos, se ha quedado petrificado en el aburrimiento y se le ha secado toda capacidad de alegría, precisamente ahora que está clavado en la mitad de su edad.

Sólo un hecho entre millones es claramente horrible. Sólo uno distingue la mala suerte de Slocum de la de sus vecinos. Y es que su hijito menor es retrasado mental incurable. Slocum es insensible con el niño. "Ya no pienso en Derek como en uno de mis hijos", dice. "Ni siquiera pienso en él. Trato de no pensar en él, y esto se me va volviendo más fácil, aun en casa y cuando está entre nosotros, haciendo ruido con una sonaja roja o emitiendo sonidos incomprensibles cuando pretende hablar. Por ahora, ni siquiera sé cómo se llama, y tampoco al niño le importa saber su nombre."

Heller podría haber usado aquí, o al menos en alguna otra parte de su libro, algunas convencionales técnicas chejovianas para hacernos amar a un hombre a veces malvado. Podría haber dicho que Slocum estaba borracho o fatigado después de un mal día en la oficina cuando habló tan duramente, o que murmuró esta dureza solamente a sí mismo o a alguien a quien jamás volvería a ver. Pero Slocum es invariablemente sobrio y deliberado durante su



monólogo, no parece importarle un comino quién lo está escuchando, y a juzgar por su selección de episodios y actitudes nada románticos, lo que verdaderamente desea es ser antipático. Y el lector cumple ese deseo. Slocum no tiene nada de agradable.

■
¿Tiene algo bueno este libro? Sí. Está espléndidamente compuesto y su amenidad es francamente hipnótica. Es tan claro y perfecto como un diamante. La paciencia y la concentración de Heller son tan evidentes página tras página que uno sólo puede decir que *Something Happened* está perfectamente logrado en todos sus detalles. El libro puede ser publicitado comercialmente con una imagen falsa, lo que no me molesta. Conozco publicidad (británica) que dice que los norteamericanos estamos tan voraces de un nuevo libro de Heller porque queremos reír más. Esto es bueno como un medio para que la gente lea el libro más infeliz que se haya escrito.

Something Happened es tan desconcertantemente pesimista, que de hecho puede ser considerado como un experimento atrevido. La gran desesperanza ha sido aceptada por la literatura sólo en pequeñas dosis, como *La metamorfosis* de Kafka, *The Lottery* de Shirley Jackson y *The Hangover* de John D. MacDonald, para mencionar sólo algunos de los ejemplos más afortunados. Hasta donde sé, Heller es el primer gran escritor norteamericano que se ocupa largo y tendido de una miseria radical. Y además, con aun mayor crueldad, deja a su protagonista, Slocum, tan idéntico a sí mismo al final de la novela como al principio.

■
Una mujer de mediana edad que acababa de leer *Something Happened* me dijo el otro día que lo

consideraba una respuesta a todos los libros recientes sobre la futilidad vital de las amas de casa. Y Slocum parece afirmar que él es tan infeliz como cualquier mujer que conozca. Su esposa, después de todo, tiene que adaptarse sólo a un tipo de infierno, la cámara de tortura doméstica que es su hogar en Connecticut, en la que también es torturado Slocum por las noches y durante los fines de semana —cuando no se ha escapado a cometer algún adulterio. Pero Slocum también tiene que adaptarse regularmente a su oficina, donde los pocos nervios que sobrevivieron a la tortura del hogar son rematados por un nuevo verdugo.

(Curiosamente, no se da el nombre del lugar en que trabaja Slocum; tampoco se describen sus productos y servicios. Pero un amigo que es amigo de un amigo mío le preguntó a Heller por los nombres de los jefes de Slocum. Con gran franqueza y rapidez Heller contestó: "Time, Inc." De este modo ya sabemos algo sobre su oficina.)

Del mismo modo que a Heller no le interesa nombrar algo tan localizado como una compañía famosa, así tampoco toma en cuenta las discusiones recientes entre hombres y mujeres. Empezó este libro en 1962, y de entonces a la fecha ha habido mucha gritería al respecto. Pero el personaje de Heller, Slocum, es sordo a tal estrépito; sólo recibe señales de tres fuentes: su hogar, sus recuerdos y su oficina. Y en base a estas señales exclusivas, puede decir, aparentemente con toda seriedad: "El mundo ya no funciona, es una idea pasada de época."

Esto es verdaderamente humor negro —con el humor removido.

■
Robert Slocum estaba en la Fuerza Aérea en Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Era especialmente feliz cuando demostraba a las prostitutas su flagrante virilidad. Así también era John Yossarian, el héroe de *Catch 22*, cuyo destino y paradero actuales se desconocen.

■
Habrá cierto recelo para aceptar este libro como uno importante. Le llevó más de un año a *Catch 22* reunir un grupo de entusiastas. Yo también estaba receloso respecto a *Something Happened*. Y lo estoy.

■
La incomodidad que mucha gente sentirá con *Something Happened*, tiene raíces profundas. No es cualquier cosa tragarse un libro de Joseph Heller, pues él es —sea o no ésa su intención— un hacedor de mitos. (Seguramente la forma de convertirse en un hacedor de mitos es la de esperarse, y luego convertirse en la final y más brillante versión de una



historia que muchos otros hayan intentado antes.) *Catch 22* es ahora el mito dominante sobre los norteamericanos en la guerra contra el fascismo. *Something Happened*, si la gente se lo traga, podría convertirse en el mito dominante sobre los veteranos de clase media que después de la guerra regresaron a casa para convertirse en cabezas de pequeñas familias. El mito propuesto implica que esas familias fueron patéticamente vulnerables y sofocadoras. Implica que sus cabezas-de-familia generalmente tomaron chambas vagamente deshonrosas o por lo menos imbecilizantes, para hacer todo el dinero que pudieran para sus pequeñas familias, y que usaron ese dinero en inútiles intentos de comprar seguridad y felicidad. El mito propuesto implica que en el transcurso, perdieron su voluntad de vivir y su dignidad. Implica que ahora están mortalmente exhaustos.

Aceptar un nuevo mito sobre nosotros es concretar nuestros recuerdos, y firmar aprobatoriamente lo que puede convertirse en un epitafio de nuestra era, con la caligrafía de la historia. Por esto, en mi opinión, los críticos frecuentemente condenan nuestros libros, poemas y obras de teatro más significativos, al tiempo que ensalzan las obras débiles. El nacimiento de un nuevo mito arredra a los críticos con el miedo primitivo, pues los mitos son monstruosamente eficaces.

Bien. Ahora yo he vencido mi propio miedo. He pensado desapasionadamente sobre *Something Happened*, y me alegra mostrarlo para las generaciones futuras, como una especie de resumen fantasma de lo que experimentó mi generación de hombres blancos de inteligencia nebulosa, y de lo que

nosotros, dentro de la jaula de nuestras experiencias, hicimos con nuestras vidas.

Estoy contando con ser leído retrospectivamente dentro de varios años. Espero que los lectores más jóvenes quieran a Robert Slocum, basándome en los argumentos de que él seguramente no puede ser tan repugnante moralmente y tan inútil en lo social, como lo pretende.

Gente mucho más joven que yo incluso puede reírse de Slocum de un modo afectuoso, algo de lo que soy incapaz. Pueden también ver comedia en la fe trágica y estúpida que tiene en su propia responsabilidad total respecto a la felicidad o la amargura de los miembros de su mínima familia.

Pueden también ver en él cierta nobleza, la de un viejo soldado que ha sido llevado a una ruina emocional, como punto final de los procesos de la edad y de la vida civilizada.

En cuanto a mí mismo, yo no me sonríe cuando él dice, evidentemente sobre las posturas con que duerme: "He trocado la posición del feto por la del cadáver." Y estoy tan ansioso de que Slocum diga algo bueno sobre la vida, que leo entre líneas signos de esperanza, y lo interpreto como supremamente irónico cuando dice: "Sé finalmente lo que quiero ser cuando crezca. Cuando haya crecido querré ser un niño."

El que quizás sea el momento más memorable de Slocum, es fúnebre no sólo en lo que concierne a su propia generación, sino también a la siguiente, representada por su agria hija adolescente: "Había una vez una bella bebida sentada en su alta silla especial, que comía y bebía con apasionado apetito, y se reía mucho y espontáneamente; ya no está aquí, ni quedan huellas suyas."

No se nos cae jamás este libro de las manos, a pesar de que es largo y de que no tiene ascensiones ni caídas en pasión ni en lenguaje, porque está construido como novela de suspenso. Y éste es el enigma que nos seduce: de las varias tragedias posibles que pueden ser el resultado de tanta infelicidad, ¿cuál va a ocurrir? El autor escogió un magnífico enigma.

He dicho que la más memorable, y la más permanente, variación del tema familiar, está en *Something Happened*, que dice llanamente lo que otras variaciones sólo implicaban, aquello de lo que otras variaciones trataron de escaparse por medio del recurso del sentimentalismo, es decir: que muchas vidas, juzgadas por los propios estándares de la gente que las vive, simplemente no valen la pena.